
ESPIRITUALIDAD:
 LIBERACION Y DOMINICANIDAD

Fausto Mejía*

I. DEFINICION Y DESCRIPCION DEL TEMA

Para una mayor comprensión del tema, conviene hacer una precisión sobre los conceptos del título de este trabajo. Diremos de un modo simple que la espiritualidad cristiana es "un estilo de vida" que está en relación directa con la presencia, la acción, los dones y carismas del Espíritu Santo, y la respuesta del hombre que se expresa en servicio, trabajo, disponibilidad y lucha por la justicia y la paz.

Estas gracias o carismas enraizan en el cristiano, como configuración con Cristo. Desde el bautismo todos hemos recibido la prenda del Espíritu Santo, a modo de "sello permanente" (Ef. 1, 13-14), que reclaman "actitudes interiores" (Evangelii Nuntiandi, No. 74). Es decir, convicciones, decisiones, relaciones personales, que es lo que constituye el estilo de vida.

De un modo más sencillo podemos decir que la espiritualidad es el seguimiento de Cristo, que hace nueva nuestra forma de amar, pensar y trabajar. La espiritualidad es la praxis del cristiano. Un hombre de espiritualidad es aquel que trabaja, reza, ama, comparte y se esfuerza. El que se hace presente donde hay sufrimientos y necesidades y lucha contra lo que oprime y esclaviza.

Si la espiritualidad hace nuevo al hombre en "su mente y en su corazón", al decir de San Pablo, entonces una auténtica espiritualidad siempre es liberadora. Entendiendo liberación en su sentido global y total. Liberación que reporta alegría, gozo y paz en el

(*) Sacerdote diocesano. Licenciado en Filosofía (UASD, 1972). Licenciado en Teología Dogmática (Universidad Gregoriana, Roma, 1981). Profesor Teología Dogmática en Seminario Santo Tomás de Aquino.

hombre y al mismo tiempo contribuye a la revocación de las estructuras sociales, políticas, económicas y culturales y ayudar así a la creación de una nueva sociedad.

— Precisemos un poco más el concepto de espiritualidad. La espiritualidad es una forma de vivir las exigencias de la fe cristiana, que abarca todas las dimensiones de nuestra vida. Una persona es espiritual cuando se deja cuestionar en sus actitudes más profundas por la fuerza del Espíritu; en la medida que los aportes de la fe cristiana cuestionan su trabajo, relativizan sus logros ubicándolos en las perspectivas del Reino de Dios y regulan su estilo de vida. Por eso una persona espiritual es aquella persona que es capaz de aceptar todas las renunciaciones que exige la fe y rompe todos los esquemas que dificultan la acción del Espíritu en el presente o en el futuro de su vida.

La verdadera espiritualidad se sitúa en la perspectiva de la vocación de Abrahán "deja tu país, a los que tu raza y a la familia de tu padre, y anda a la tierra que yo te mostraré" (Gen. 12,1). Esto es ubicarse en un plan positivo, de construcción, de adquisición. Es asumir el binomio 'salir para entrar'. Salir del egoísmo, esclavitud, oscuridad del pecado, para entrar en el servicio, la libertad y la luz de la gracia.

Asumir con fe al estilo de Abrahán la indicación de Dios "toma a tu hijo, el único que tienes y al que amas, Isaac... y allí me lo sacrificarás en el cerro que yo te mostraré" (Gen. 22,1).

La espiritualidad cristiana supone una disponibilidad total e incondicional que no puede ser impedida ni dificultada por los proyectos de la familia, ni siquiera por los afectos más entrañables para la persona. Es así que cada persona que quiera seguir a Cristo en autenticidad, tiene que sacrificar a los Isaac que tenga y que le impiden una entrega generosa. Sacrificar sus intereses para buscar el interés de la comunidad. Son las exigencias que Jesús da a sus discípulos para el Reino (Lc. 9, 56-62 y 14, 25-27).

La espiritualidad comprende, además, una "experiencia de Dios"; es decir, un encuentro personal con el Padre, que nos ama gratuitamente; encuentro con Jesús, que vive en cada persona, en la comunidad, en la Palabra y en la Eucaristía; porque la persona humana encierra un infinito misterio de comunión, de necesidad de amar y sentirse amado, que no acaba de llenar ninguna persona, ni proyecto.

Lo de dominicanidad hay que entenderlo en su concreción, en cuanto que siendo la espiritualidad una sola, sin embargo, tiene que adaptarse y responder a las exigencias y necesidades de cada país y de cada iglesia en particular.

II. ES TIEMPO DE CAMBIO

Cada vez estamos más conscientes que vivimos en un tiempo de cambio. Es una época de transición. Cambio o transición que implica como tal aciertos y desaciertos, estabilidad e inestabilidad. Este cambio se experimenta a todos los niveles. En la esfera social y en la esfera eclesial. Cambio que no sólo se va dando, sino que exige darse.

Podemos decir que estamos en un tiempo de crisis, pero entendiendo que la crisis es señal de crecimiento. Crisis que lleva la fe a hacerse nuevos replanteamientos frente a las exigencias de las nuevas situaciones, frente a la señal de una nueva vida que quiere hacer estallar viejos moldes.

En esta crisis de crecimiento muchos saldrán fortalecidos, porque sabrán superar los desafíos, pero muchos han sucumbido porque no supieron dar un debido tratamiento al proceso que vivían llegando a un gran desaliento que han transmitido también a las comunidades donde estaban integrados.

Por eso se impone en medio de estas necesarias búsquedas, una vigorosa espiritualidad capaz de asumir lo valioso de la tradición orante de la Iglesia y afrontar así los desafíos que de las nuevas situaciones se desprenden y lograr en consecuencia una síntesis entre compromiso y experiencia espiritual.

El cambio se experimenta en la nueva forma de vivir la fe, en el nuevo compromiso de entender no sólo la dimensión religiosa de la fe, sino saber entregar la dimensión social, política y económica de la misma fe. Se manifiesta en la lucha diaria contra lo injusto y lo que oprime que nos indica al decir del poeta que:

...algo nuevo está naciendo
y en mi pueblo está latiendo.
Algo nuevo está naciendo
y con nosotros va subiendo;
...y en los pobres va creciendo.¹

Todo esto indica que quienes van viviendo la nueva espiritualidad se dan cuenta que esta tiene que ver con los problemas del pueblo, con los que luchan por una sociedad distinta y justa, con los pobres. Por eso no es casual ese arduo y duro trabajo en nuestros barrios, el acompañar el campesino en la recuperación de las tierras; la presencia de militantes cristianos de las comunidades de base, presentes en los paros y en las luchas reivindicativas de las comunidades.

Es el caminar solidario de los cristianos con los pobres y los que sufren, descubriendo el sentido de su fe en las calles, en los barrios y en los campos, donde la gente sufre, trabaja y lucha. Por eso Puebla nos dice:

Del pueblo no emerge sólo ese clamor capaz de subvertir un orden social injusto. En el pueblo pobre y creyente la Iglesia descubre un potencial evangelizador, una capacidad espiritual, que interpela a la Iglesia misma (1147).

Este tiempo de cambio lo podemos definir como el paso de una espiritualidad antigua a una espiritualidad nueva. En la espiritualidad antigua estaba matizada por una cosmovisión y concepción de la Iglesia. Había una concepción estática del universo, propia de la cultura griega y la cultura era agrícola y sacra, donde se vive de la dependencia del ritmo natural, viviéndose bajo el influjo de las leyes de la naturaleza.

El ambiente eclesial era de cristiandad, donde la jerarquía tenía una influencia decisiva en la vida civil. Los fieles son los que escuchan y obedecen la autoridad; lo sagrado, la santidad, el apostolado y hasta la certeza de salvación son patrimonio exclusivo de los clérigos y los monjes.²

Esta espiritualidad desvaloraba las realidades terrenas y el orden temporal. Era una espiritualidad tipo vertical, donde lo que importaba era la salvación del alma, el más allá y la gloria del cielo.

Tuvo su validez y produjo muchos santos, cada época tiene su propia realidad; pero las condiciones del mundo y de la sociedad son hoy muy distintas, y por tanto, necesita otro tipo de vivencia espiritual.

Estamos en una nueva época y en un nuevo momento histórico (Gaudium et Spes, No. 4). Existen nuevas corrientes de pensamiento en la vida del hombre. Hay nuevas formas y cambios de mentalidad dentro de la Iglesia. Vivimos hoy en una cosmovisión del mundo muy dinámica (Cfr. Puebla No. 264, 265 y 266). Esto influye en la espiritualidad y exige un trabajo y un esfuerzo muy creador para la renovación del mundo.³

III. UNA NUEVA ESPIRITUALIDAD

Sabemos que el cristianismo se encarna en el presente y se proyecta hacia el futuro; por eso se puede hablar en cada época de corrientes de espiritualidad.

En nuestra Iglesia dominicana que participa de todo el cambio que se opera en la Iglesia Latinoamericana, el Espíritu Santo la orienta hacia la realización de la justicia, de los derechos de los desposeídos y de su liberación. Tenemos una iglesia que quiere ser fiel al Evangelio y hacerse más atenta a los desafíos de la sociedad.

Sabemos por otra parte, que la espiritualidad responde al mo-

delo de Iglesia que se tenga o se quiera construir, y podemos decir que a partir de Medellín y de Puebla, resurge un nuevo tipo de Iglesia que podemos sintetizar o esquematizar con las siguientes características:

1. Una **Iglesia dinámica**, siempre en proceso de conversión interna. De ahí su conciencia de **peregrina**, de **viajera** (1 Cor 10,4).

2. Una **Iglesia pobre y humilde**, que se sabe limitada en su humanidad y que es capaz de pedir perdón por sus fallas, por eso busca mejor servir con el testimonio humilde y sencillo.

3. Una Iglesia que quiere ser **familia y pueblo de Dios**, donde se redescubre el valor de la **fraternidad** que nos impulsa a vivir el espíritu comunitario.

4. Es una Iglesia que quiere ser **alma y garantía** del mundo, que no busca su fuerza en las leyes, en el poder de los gobiernos gobernantes, sino que confía y busca en el Espíritu Santo la fuerza que la anima, vivifica y orienta hacia el Padre.

Esto es un proceso. A veces muy lento que puede darnos la impresión que es el camino de nunca llegar. Pero un proceso donde los pobres y los marginados son los primeros destinatarios de la misión evangelizadora.

Desde Medellín la Iglesia empezó a solidarizarse de un modo más efectivo con los pobres (Cfr. Medellín, Pobreza de la Iglesia, No. 9 y 10) y a tomar conciencia y postura de liberación (Laicos, No. 9). Esta misma postura sigue Puebla que al mirar la situación de aflicción y angustia de los pobres se solidariza con ellos (27) y llama a todos los cristianos a hacer causa común con sus causas. Puebla hace la opción por los pobres (1134, 1145, 1159 y 1161).

Esta nueva espiritualidad tiene sus fuentes en el Evangelio y se caracteriza por el seguimiento de Jesús, y de María, modelo de ese seguir a Cristo.

Esto significa que el pueblo cristiano ha ido creciendo en el contacto con el Evangelio.⁴ Se pone énfasis en el Jesús de Nazaret que vivió en un contexto muy parecido al nuestro, por las condiciones de desafíos y conflictividad que marcaron su compromiso.⁵

María es como el modelo de este seguimiento de Jesús, en cuanto a su vida sencilla de Nazaret, su vida ordinaria, la fe, el sufrimiento, la solidaridad con los pobres y afligidos de su tiempo y su espíritu servicial (Lc. 1, 46-55).

En segundo lugar, se preferencia y privilegia al pobre. La fe descubre en el pobre un lugar bíblico, ya que el Dios bíblico es el Dios de los pobres y su Reino hace causa común con su clamor de liberación (Lc. 4, 16; 6, 20; 7, 22).

Esta da una mayor autenticidad y credibilidad al cristianismo. Por eso podemos hablar de una espiritualidad propia para nuestros pueblos, donde se conjugan la acción y la contemplación. Puebla destaca que la oración es fuente de compromiso cristiano y de fidelidad a Jesús(726, 932 y 934).

IV. LA ESPIRITUALIDAD HOY EN NUESTRO PAIS

Lo primero que salta a la memoria es preguntarnos si existe una espiritualidad propia dominicana. Si partimos del hecho que toda espiritualidad es situada y encarnada, mediante la cual responde a los problemas y desafíos concretos de cada pueblo, entonces tenemos que responder afirmativamente. Pero desde el punto de vista histórico y coyuntural, tenemos que decir que la República Dominicana participa de ese proceso global que se gesta y se desarrolla en América Latina, aunque hay matices y particularidades propios en cada Iglesia local. Sin embargo, hay un caminar juntos, una búsqueda y formación común y una efervescencia total que nos permite hablar de una Iglesia, una teología y una espiritualidad latinoamericana.

Tenemos que destacar además, que todo esto es un proceso de transformación, marcado por el deseo sincero de búsqueda de nuestra propia identidad. En el proceso hay un resurgir muy fecundo de muchas opciones que no siempre coinciden en una causa común: la liberación del pobre; sino que ofrecen peculiaridades y matices concretos que contribuyen a poner de manifiesto la diversidad de dones y carismas de la Iglesia.

Por eso lo hermoso y edificante es, que, en ese resurgir de muchos movimientos apostolicos, movidos por el Espíritu Santo, entendamos que ninguno es exclusivo ni agota la realidad de la Iglesia, sino que lo importante es contribuir desde el carisma propio a la edificación de la misma Iglesia, liberando nuestro pueblo.

Por eso no nos puede extrañar el surgimiento de líneas y tendencias contrapuestas muchas veces. Eso es propio de cualquier tiempo de búsqueda. Así tenemos cristianos que se quieren aferrar al pasado o a las cosas contingentes y hacer de eso un dogma de fe; lo mismo también otros que quieren borrar todo el pasado en nombre de una novedad y un cambio.

Lo decisivo es que el cambio se va dando y se dará; eso necesita tiempo, claridad mental y generosidad del resto abrahámico, al decir de Mons. Helder Cámara. Es decir, de cristianos que estén dispuestos a pagar la cuota de sacrificios que conlleva el mismo cambio. De ahí que da gusto ver el dinamismo que se opera en las distintas comunidades; los compromisos serios de vivencia de fe que se van dando en muchos cristianos. Y lo her-

moso de todo esto es, la revalorización de todos los aspectos de la vida cristiana.

Por ejemplo, la liturgia tiene una nueva fuerza y vigencia. En la misma celebración litúrgica entra el alza de los precios de los artículos de primera necesidad, los atropellos y abusos, las arbitrariedades policiales, la imposibilidad de conseguir trabajo, es decir, todo lo que tiene que ver con la vida; todo eso se celebra en las comunidades, parroquias, en las asambleas y en los grupos donde se padece el poder y los signos de muerte y se lucha por la vida.

Es decir, la fe es un hacer, un vivir y un luchar. De ahí que se rompan los ciclos y los tiempos típicos. Ya no se trata de un día sagrado, el domingo, y seis días profanos. Ya no se reza en el templo, sino en medio del afán diario. Ya no se rezan oraciones de memoria, sino que se entreteje oración y lucha por la sobrevivencia, se une la contemplación con la acción.

El punto central de nuestra espiritualidad es la preocupación por devolver el Evangelio a los pobres. Por eso trata de incorporar algunos valores de la espiritualidad tradicional como son el valor de los mártires y del martirio como camino real de seguimiento de Jesús. Además, se toma conciencia de los riesgos que implica el vivir la fe. Por eso se quiere establecer su propio camino de espiritualidad.⁶

El sentido de nuestra espiritualidad es el construir un mundo de hermanos, como don de Dios, consciente que a la muerte se vence con el amor y la vida, convencidos que lo que parece sin salida e imposible, la fe nos dice que es posible.

Esto nos da ya la oportunidad de hablar de una espiritualidad latinoamericana.⁷ En América Latina como en nuestro país hay un nuevo impulso de vivencia de la fe y se tiene una mayor comprensión de la misma. Al respecto nos señala Alfonso Castillo

La experiencia de sobrellevar con el pueblo el pecado y la opresión, de participar en los mecanismos de explotación, de represión, de tortura, presionan al cristiano a recrear su propia fe, a buscar un sentido y más expresiones a su pasión profunda, a luchar afanosamente por presenciar la fuerza de Dios en un mundo en que los poderes del mal se historizan a través de la opresión y la explotación.⁸

Esta nueva espiritualidad que va penetrando en muchas comunidades y haciendo comprometer a muchos cristianos, se va comprendiendo como un vivir la fe de cara a un mundo concreto y a un servicio preciso, que nos hace descubrir y recuperar el gran impulso misionero; por eso se reflexiona la fe y la vida cristiana, no sólo como don para sí, sino como afirmación del otro.

Esta conciencia de ser enviado o de tener una misión, es conciencia de que se participa de un don que da la responsabilidad de un pecado a destruir, haciendo suya la misión de Jesús e historizándola al estilo de El.

Se parte de la gravedad que vive nuestra sociedad dominicana o latinoamericana.⁹

V. VALORES DE ESTA NUEVA ESPIRITUALIDAD

Hemos dicho que la espiritualidad es el seguimiento de Cristo bajo la guía de la Iglesia y que esta espiritualidad nueva tenemos que apoyarla en las raíces bíblicas del Evangelio.

El mensaje cristiano contiene valores para dar un sentido de fe a las tareas por la justicia y por los cambios. Pero debemos saber que el Evangelio, como fuente de espiritualidad no da métodos ni programa de acción. Nos da en cambio, el significado que esto tiene en el plan de Dios Salvador, apoyándonos a salir del egoísmo para hacernos servidores de la verdad y la justicia.

El Evangelio nos suministra dos dimensiones para legitimar el compromiso liberador del creyente: Nos da RESURRECCION Y ESPERANZA, que es igual a LIBERACION y nos da FRATERNIDAD que es igual a RECONCILIACION.¹⁰

Dentro de los valores de la nueva espiritualidad de la liberación, tenemos los siguientes:

1. La convicción de que los procesos políticos, sociales, por los que atraviesan nuestros países, forman parte de la **realización del plan de Dios como promesa.**

Es la conciencia que ningún momento histórico agota la promesa. Por eso el cristiano siempre está abierto al porvenir. Su fe por un lado relativiza los cambios políticos, pero por otro lado los valora en toda su significación, como encarnaciones parciales de la promesa en marcha. El cristiano de este modo no idealiza ningún sistema, sino que es siempre fermento de cambio, siendo la historia para él llamada a avanzar. Ver esto en el Sermón del Monte (Mt. 5, 3-12).

2. La promesa nos mantiene **en tensión de cambio**, porque esperamos el advenimiento del Reino de Dios. Así esperamos la victoria de Dios que se expresa de lo nuevo sobre lo antiguo, de la resurrección sobre la muerte, de la sociedad justa sobre la sociedad injusta.

3. Esta espiritualidad **se expresa en la esperanza.** Es decir, el cristiano es consciente que lo que parece imposible o difícil (la li-



beración total de los oprimidos, la fraternidad reconciliada), será más tarde posible por la fuerza de Dios (Heb 1,11; 2 Cor 4, 18).

Esperar es recoger las señales de los cambios que vienen, disponiéndose positivamente para ellos, y reorientando la existencia en vista de los mismos. Esta da la capacidad espiritual de superar las frustraciones, los fracasos y los retrocesos, irradiando a los demás el dinamismo de su esperanza, "La esperanza no decepciona" (Rm. 5,5).

4. Esta espiritualidad conlleva el **incorporarse a la muerte y resurrección** de Jesús en las transformaciones de la sociedad.

Esto significa redescubrir la Pascua en la situación de desgarramiento, en la situación dolorosa, en la historia cerrada; en los procesos de cambios sociales. Es descubrir a Dios que "pasa" y que se coloca en medio de su pueblo.

5. Un gran valor de la espiritualidad latinoamericana es: **la conversión**. Esta no sólo mirarla como actitud interna, sino también como cambio, de la sociedad. La conversión implica la justicia (santidad en sentido bíblico) y ésta alcanza las estructuras injustas políticas y sociales, donde también cristaliza el pecado. Esto implica construir una nueva sociedad. Conlleva esta conversión **la libertad** o liberación de las servidumbres internas y sociales que impiden que la sociedad dé gloria a Dios.

6. La meta del Evangelio es crear entre nosotros **una verdadera fraternidad**. Una de las metas de Jesús en su muerte es "reunir en uno a los hijos de Dios dispersos" por la división, el odio, la explotación y el pecado. La fraternidad cristiana es la cara histórica del Reino de Dios. Este ideal de fraternidad, que nos muestra a Dios como Padre y a María como Madre; lleva al cristiano a lo político; es decir, a trabajar para transformar una sociedad no-fraterna, dividida e injusta, en una sociedad de hermanos.

Esto tiene y encuentra muchos obstáculos: El primero de todo es el **poder**, sobre todo cuando no sirve a los débiles o sirve a minorías privilegiadas, cuando es abusivo y mantiene la injusticia.

El segundo obstáculo es **la riqueza**, porque divide y confronta, en vez de unir. El dinero y los bienes de la tierra son para compartir y cuando esto no sucede, entonces el dinero se convierte en un gran obstáculo. Por eso Jesús es severo al hablar de la riqueza y del rico, como es cuestionador del poder.

Para superar esto tenemos que **fomentar una vida de caridad** ya que ésta es el alma y la motivación decisiva de la fraternidad, personal y social. Pero caridad entendida ampliamente, como algo eficaz que lleva a elegir los medios sociales, culturales, económicos y políticos conducentes a la liberación de los pobres.

Usa además, la investigación y la programación y la acción social y política.

7. Otro elemento muy importante que hay que destacar es la **solidaridad**. La caridad hace al cristiano solidario; pero la solidaridad que históricamente está marcada en América Latina por "el partido de los pobres", por un compartir sus aspiraciones y su causa. Pero esta espiritualidad latinoamericana debe tener **algo de contemplativa** para poder iluminar estas tareas y encontrar a Dios en ella.¹¹

8. Otros elementos que no pueden pasarse por alto son el **exilio y la persecución como bienaventuranzas**.

Ya en la Biblia encontramos la esclavitud del pueblo hebreo en Egipto y más tarde la deportación de los israelitas a Babilonia, es decir, la época del exilio. Los profetas fueron perseguidos y exiliados, ya en la propia tierra o en tierra extraña, por ejemplo recordemos a Jeremías y a Ezequiel.

Pensemos por ejemplo en las cadenas de muerte, deportación y exilio que se han realizado en nuestra América Latina y que se han convertido en parte integrante de su desorden social.

Pero hay exilio, además, por marginalidad social, por la discriminación, por la miseria a que son sometidos muchos de nuestros hermanos. Muchos son extranjeros en su propia tierra. Exiliado del hambre, la desnutrición, la insalubridad, la falta de oportunidad de trabajo, la miseria y el analfabetismo. Esto son -al decir de la misma Biblia- "los hermanos nuestros más pequeños", *acreedores a título especial, del amor fraterno* y del cual el Señor nos examinará en el ocaso de la vida "estuve sin hogar y me recibieron, preso y enfermo y me fueron a ver, desnudo y me vistieron" (Mt 25, 39).

En la tradición cristiana, el exiliado, el fugitivo, el peregrino y el extranjero son una manera de ser pobre. Estos por la dureza de la vida y la crudeza de la realidad tienen que preguntarse muchas veces con el salmista *¿Cómo creer en Dios liberador en tierra extraña, bajo la opresión? ¿Cómo amar a Dios en tierra extranjera?*¹²

A pesar de lo desgarrante de esta interrogante, el exilio ayuda a redescubrir el gran valor de la universalidad. A superar el odio y la venganza. La cruz dispone a la reconciliación. Se adquiere y se *templa* la experiencia de ser pobre y así se prepara a una solidaridad más realista y de un mayor servicio.

VI. A MODO DE CONCLUSION: SOMBRAS Y LUCES

La República Dominicana se encuentra sumida en estos mo-

mentos en una crisis de grandes proporciones. Crisis que se hace sentir en el galopante alto precio de los artículos de primera necesidad y en la baja productividad, que dan como resultado la proliferación del hambre, las enfermedades, desnutrición e inseguridad.

Pero hay que admitir que la crisis no es sólo de orden propiamente económica, sino que alcanza un dramatismo mayor en el orden ético o moral. Es la crisis de valores que hemos experimentado en los últimos años. Los valores se han re-invertido. Donde antes se decía honradez, dígase ahora robo; el trabajo creador y la excelencia académica han sido sustituidos por la holgazanería, la artimaña, la mediocridad y el engaño alevoso. La generosidad y el servicio se cambian por un egoísmo enfermizo.

Si añadimos a esto la proliferación de drogas, abortos, desenfreno sexual, juegos, alcoholismo, usuras, financieras y bancos hipotecarios, tenemos que decir con cierta pena que la corrupción lo penetró y lo invadió todo. Y éstas son las sombras que nos cubren. Sombras que pueden llevarnos a un desánimo y a un pesimismo, a la falta de esperanza y de ilusión para emprender. Sombras que influyen sobremanera en el desarrollo liberador de un pueblo. Sombras que no permiten la vivencia de una espiritualidad.

Pero no todo es sombra. En medio de las sombras emergen luces de esperanza y de optimismo. No todos han caído. Tenemos una fuerte reserva moral en el pueblo. Ahí están legiones de hombres y mujeres que no han vendido su conciencia y su dignidad. Miles de hombres, que a pesar de su pobreza, no se han manchado con el peculado y el robo. Ahí están aquellos que han descubierto en Cristo un camino nuevo de crecimiento y de liberación.

Hay una espiritualidad emergente en los cristianos y en la Iglesia, que nos indica que algo nuevo está naciendo. Lo nuevo como signo de liberación se hace visible y se concretiza en:

1. En la proliferación de grandes redes de comunidades a lo largo de la geografía nacional, que van dinamizando la sociedad, a través de la toma de conciencia y su compromiso con los más débiles y abandonados.

2. La vivencia de fe, la militancia solidaria y la toma de conciencia de muchos cristianos, que uniendo su fe a la vida, van haciéndose presente allí donde hay injusticia, dolor, explotación y miseria, para llevar justicia y amor.

3. La efervescencia y riqueza de la vida pastoral de nuestra Iglesia dominicana, que va desde la responsabilidad de los laicos al asumir su papel evangelizador; la unificación de la pastoral en torno a prioridades; el florecimiento vocacional y la presencia de muchos movimientos apostólicos y el surgimiento de distintos mi-

nisterios de servicio que se van haciendo presentes en todos los rincones de la sociedad.

Todo esto tiene un positivo indicador que nos llena de alegría y esperanza. De tal modo podemos afirmar que la República Dominicana a pesar de sus continuos y desastrosos problemas, se encamina a un futuro promisorio. Esto es así porque se va reflexionando y asimilando las experiencias dolorosas y negativas del pasado y asumiendo el camino correcto.

Así por ejemplo, gracias a esos grandes valores que adornan a nuestro pueblo, como son el espíritu solidario, la capacidad de trabajo, el deseo de compartir y el servicio, la alegría y el gozo por la vida y muy especialmente esa gran dote de no dejarse aplastar por los sufrimientos y las dificultades, sino lo contrario, asumirlas y transformarlas en iniciativas y alternativas de búsqueda de soluciones.

Cada vez más se hace conciencia que la liberación es un proceso y como tal requiere de muchos sacrificios, esfuerzos y trabajos comunes. Es necesario el aporte de cada uno y el desprendimiento magnánimo y generoso de todos. Esto es lo que queda aportar la espiritualidad, para perseverar hasta ver una República Dominicana libre, solidaria, independiente y liberada.

NOTAS

1. Gilmer Torres Ruiz, *Buenas Nuevas para mi pueblo*. Lima: Editorial Sonoviso.
2. *Decretum Gratiani*, c. 7, c. XII, p. I y ASS 21 (1888). p. 322.
3. Cfr. J. B. Metz, "La Iglesia y el mundo", en *Las cuestiones urgentes de la teología actual*. Madrid, 1970. p. 107-127.
4. Segundo Galilea nos dice que esto es una constante en la renovación espiritual católica: El contacto con Jesús histórico. Por eso nos basta recordar a San Francisco, a Santa Teresa, a San Ignacio de Loyola, a la "Devotio Moderna" "a la Escuela Francesa" y "a Carlos de Foucauld". "El rostro latinoamericano de la espiritualidad. Las fuentes históricosociales de la espiritualidad". *Christus* 529-530 (1979).
5. Cfr. en Puebla: Seguimiento de Jesús: (178-181) (192-193) (279-1008). Evangelización en Puebla 190-195 y 278.
6. Gustavo Gutierrez nos dice al respecto: "El pueblo pobre de América Latina, deja de ser un consumidor de espiritualidades para convertirse poco a poco en agente creador de una manera de ser cristiano. Esto acaece en la medida en que ese mismo pueblo se hace protagonista de su propia historia y se da cuenta de su esperanza en el Dios que libera. La espiritualidad es una aventura colectiva, paso de todo un pueblo a través de la soledad y amenazas del desierto, haciendo su propio camino. Formar parte de este proceso es la experiencia del seguimiento de Jesús hoy en América Latina. Ese es el pozo del que tenemos que beber.

O tal vez nuestro cáliz. G. Gutierrez, *Beber en su propio Pozo*, Salamanca: Sígueme, 1984, p. 182.

Sobre esta nueva espiritualidad podemos leer a Segundo Galilea, *El camino de la espiritualidad*, Bogotá, 1982. Camilo Maccise, *Espiritualidad de la liberación* y Jon Sobrino, *Espiritualidad y Liberación*, Sal Terrae, 1980.

7. Segundo Galilea, ante la pregunta: ¿Una espiritualidad latinoamericana? responde: "Creemos que la respuesta es afirmativa, aunque de modo aún incipiente. Podemos ya comenzar a hablar como inicio de un proceso de maduración, de una espiritualidad propia de las iglesias de América Latina, no en el sentido de una escuela de espiritualidad, sino en el sentido de una experiencia global compartida. La espiritualidad es el encuentro del Espíritu con el pueblo cristiano, un pueblo con sus aspiraciones, luchas, cultura, opciones cristianas y misioneras. Este encuentro se realiza en la comunidad de la Iglesia y de América Latina donde se verifica mejor este encuentro. En el discernimiento de la iglesia como la práctica del compromiso y de la vida cristiana en las bases. De ahí que la espiritualidad de América Latina está profundamente arraigada en la cultura de los pobres, que es también una cultura cristiana. Esto se manifiesta en los valores de la cultura y la religiosidad popular y en las aspiraciones y dinamismos de su liberación". Segundo Galilea, *El camino de la espiritualidad*, p. 42-45.
8. Alfonso Castillo, "La espiritualidad latinoamericana emergente", en *Oración cristiana y liberación*, p. 14.
9. El mismo Alfonso Castillo en la obra citada nos dice: "La situación actual es identificada con el Kairós bíblico, con el momento decisivo, irrenunciable, Kairós, que en los profetas aparece como juicio, como tiempo de condena, de rechazo, de indignación, pero cargado de la esperanza más fuerte, de la promesa de un cielo nuevo y una tierra nueva". p. 19.
10. Segundo Galilea nos recuerda que tener una espiritualidad de la liberación es "actuar siempre bajo la meta final de la fraternidad, la justicia y la reconciliación y empeñarse en crear actitudes y valores que lo hagan posible... crear un dinamismo en el cual la muerte (los conflictos, la frustración, el fracaso) adquieren sentido en relación a una nueva vida, a un nuevo hombre, y a una nueva sociedad... debe llenar todas las dimensiones del hombre y de la sociedad". Segundo Galilea, "La espiritualidad de la liberación como espiritualidad política", en *Oración cristiana y liberación*, pp. 32-33.
11. Leonardo Boff, nos da algunas características de este aspecto de oración contemplativa y nos dice que tiene que ser una oración encarnada en la acción, que recoge el material de vida comprometida: las luchas, esfuerzos colectivos, los errores y los logros alcanzados. Es una oración donde se abren en el escuchar y el comunicar donde uno reconforta al otro. La liturgia aparece como la celebración de la vida, donde se aprovechan muchos símbolos, donde se une la fe y la vida, la mística y la política. Se destaca además, la santidad política, no solo se conoce el santo ascético, dominador de sus pasiones y fiel a la ley de Dios y de la Iglesia, sino aquel que lucha contra los mecanismos de explotación y de destrucción de la comunidad de la vida. Se tiene una actitud pascual, es decir, la muerte y resurrección deben asumirlas con jovialidad y realidad evangélica. No se temen los sacrificios, amenaza y la Cruz". "Contemplativus in liberatione. De la espiritualidad de liberación a la práctica de liberación". *Christus* 529-530 (1979) 67.
12. Segundo Galilea nos dice: "El exilio es una forma de desierto, de desarraigo, con la experiencia humana y de fe que esto aporta: el encuentro con la realidad, sin ilusiones, sin mentiras y sin ídolos que crean las ideologías y los sistemas". Segundo Galilea, "El exilio como noche de liberación" en *Oración cristiana y liberación*, p. 43.

